

TRES RECUERDOS DE MANUEL ALTOLAGUIRRE

Octavio Paz



Octavio Paz por MORENO VILLA

1

España me enseñó el significado de la palabra fraternidad. Hay cosas que nunca olvidaré. Un domingo fui con dos amigos, los poetas Manuel Altolaguirre y Arturo Serrano Plaja, a un lugar cercano a Valencia y tuvimos que regresar a pie porque perdimos el último autobús. Ya era de noche, caminábamos por la carretera y de pronto el cielo se incendió con los disparos de la artillería antiaérea. Los aviones enemigos no podían penetrar en Valencia debido al fuego de las baterías republicanas que arrojaban sus bombas en los alrededores de la ciudad, precisamente por donde nosotros estábamos. El pueblo al que llegamos estaba iluminado por los disparos. Lo atravesamos cantando la Internacional para darnos valor y dar valor a la gente y nos refugiamos en una huerta. Los campesinos nos fueron a ver y cuando supieron que yo era mexicano se conmovieron. México ayudaba a la República y algunos de

aquellos campesinos eran anarquistas. En pleno bombardeo regresaron a sus casas a buscar comida y nos trajeron un poco de pan, un melón, queso y vino. Haber comido con los campesinos bajo las bombas..., yo esto no lo puedo olvidar.

2

Durante la temporada que pasé en Valencia traté bastante a Manolo Altolaguirre. Un ángel, decían con una sonrisa sus amigos; un ángel, decían con la boca torcida, sus enemigos. Como todos los ángeles, Manolo estaba fascinado por el demonio y durante nuestros largos paseos nocturnos con los jóvenes escritores de *Hora de España* —varias veces nos detuvieron las patrullas de vigilancia— no cesaba de preguntarme sobre la vida de Trotsky en México. El “trotskysmo” se había convertido en el “pecado del espíritu” para todos los intelectuales que giraban en la órbita comunista. La seducción de la heterodoxia...

3

Hay seres que recuerdan el fuego, hay seres terrestres, hay seres acuáticos y, finalmente, hay seres aéreos. Altolaguirre pertenecía a esta última clase, a esta última estirpe: hijos del aire, hechos de aire. Pero no era huracán, ni tampoco un torbellino: más bien brisa, brisa súbita, caprichosa. Aparecía y desaparecía de un modo casi instantáneo. Hombre invisible y que, de pronto, aparece, pero que no tiene figura clara. Eso fue para mí Manuel Altolaguirre. Eso también fue para mí y lo sigue siendo su poesía: la brisa. Dichosa como la brisa, esa poesía; rápida como la brisa, que al término, nos trae siempre noticias. Noticias de otro mundo o noticias de lo que está más allá de nosotros mismos.

(1: De una entrevista con Rita Guibert, recogida en Octavio Paz, *Pasión crítica*, Seix Barral, México, 1985; 2: Octavio Paz y Julián Ríos, *Solo a dos voces*, Lumen, Barcelona, 1973; 3: Declaración publicada en *Culturas*, suplemento de *Diario 16* (Madrid), núm. 21 (1-IX-85), p.1.)